

UNA VENTANA SOBRE EL MUNDO

Por JORGE JORDANA FUENTES

IMAGINEMOS, como lo hacía Azorín, un caballero español, de edad indefinible, con profundo gesto de melancolía, todo severamente vestido de negro, imaginémoslo asomado a una ventana. Supongamos que estamos en 1950. Supongamos que esta ventana da sobre el ancho mundo. Para el español que sintiéndose aun solidario con este mundo, que puede o no gustarnos, pero al que irremediablemente pertenecemos, asomarse con las alas de la imaginación y del espíritu por encima de las propias fronteras produce una singular situación de angustia.

La época que hemos de vivir nos la da la suerte y a nosotros nos toca, con todas las fuerzas de nuestro ser, el modificarla. Pero he aquí que a veces, como ahora nos ocurre, las fuerzas de los hombres son insuficientes para cambiar tanto como necesita ser transformado. Somos unos pobres seres encadenados. Como en aquella metáfora bellísima de Platón, que vemos pasar ante nuestros ojos los acontecimientos sin que para dirigirlos podamos hacer nada y sin que nos sea ni tan siquiera lícito y posible el mantenernos ante ellos en la cobarde pero cómoda postura del espectador.

La angustia del hombre.

Es esta sensación de impotencia la causa general del sentimiento de angustia que encoge hoy el corazón de los hombres. Epocas aun más turbulentas le ha correspondido vivir a la humanidad y, sin embargo, en

ninguna de ellas el desconcierto, la ceguera y la impotencia de los hombres ha sido mayor que en esta que va desde la guerra de 1914 a nuestros días.

Vivió el Imperio Romano la invasión de los bárbaros, la Europa medieval el desintegramiento de la unidad de mando, y la época moderna la escisión religiosa de Europa; se vieron los hombres enfrentados, ya en la dialéctica, ya en las creencias, ya en las guerras; desaparecieron monarquías y se levantaron regímenes nuevos; se modificaron los límites de las naciones y las fronteras de los Estados; pasó la dirección de la política internacional de unas manos a otras más poderosas; cambiaron instituciones y se hundieron imperios enteros en el fango de su propia cobardía; pero siempre, en este movimiento continuo que es el mundo, el hombre se ha sentido árbitro y autor de los acontecimientos políticos, sin que la Historia ni la Naturaleza hayan sido nunca capaces, en el seno de una civilización, de arrebatarle la primacía en la conformación de la vida. Pudo el hombre acertar o equivocarse, vencieron unos mientras que a otros les cayó en suerte el papel de derrotados, pero siempre el hombre fué el árbitro y la causa de sus propios destinos.

La irrupción de las masas.

La situación de ahora es muy distinta. Por una parte, las ideas se han rebelado contra nosotros y han adquirido una existencia distinta a nuestra propia inteligencia y sus efectos ya no están regidos por nuestra voluntad. El hombre mantiene su imperio ideológico en tanto en cuanto actúa como individualidad, y hasta hace tan sólo un siglo la Filosofía era aún inseparable de las personalidades de aquellos que enunciaron sus conceptos fundamentales. Pero desde el *Manifiesto comunista* que Marx y Engels lanzaron en 1848, las ideas pasan a ser imperio de las masas. Aproximadamente hasta entonces la Historia era un quehacer de pocos hombres. Se nutría, como los pantanos que están en el fondo de los valles, de las aguas de las cimas y las cumbres. Por debajo de todo el juego ideológico, político y aun militar que dirigían las minorías, latía la vida del pueblo, normalmente ajena al drama que en las alturas se desarrollaba. Si la Historia se escribiera, no como la serie sucesiva de reyes, guerras y tratados, sino estudiando también el papel que a cada clase y a cada estamento social les toca representar, nos quedaríamos asombrados al ver hasta qué punto han sido ajenos al pueblo los gran-

des acontecimientos históricos. Los Gracos movieron tan sólo —en el movimiento de rebelión social que se interpreta como el primero en la historia de Occidente— un puñado de esclavos en la capital del futuro Imperio; César se paseaba por Europa con un ejército que mantuvo siempre el principio de la no integración con el pueblo; la Edad Media es una época regida por hombres confinados en los monasterios o en las bibliotecas, período de tiempo laborado por los solitarios. Graxotte en su *Historia de la Revolución Francesa* ha denunciado cómo lo que ahora se entiende fué labor anónima de la totalidad del pueblo francés, no fué en realidad nada más que algo emprendido por una minoría de intelectuales y de audaces que no lograron mover más que un sector pequeño de los más bajos fondos de París, mientras que el resto del pueblo se mantenía indiferente ante los acontecimientos.

¿Qué otra cosa no son nuestras guerras carlistas? Si todas las algaradas militares, las revoluciones, los golpes de Estado del siglo pasado en España hubieran sido movimientos vividos por el pueblo, nuestro país hubiera muerto cardíaco y no tendría explicación el continuo tejer y destejer que, como en la famosa narración mitológica, supuso toda la vida pública española de aquel desdichado siglo.

Afortunadamente, de todos los errores y desviaciones que los políticos y los intelectuales cometieron el pueblo participó muy poco y, conservando intactas sus virtudes y sus características mejores, constituyó la instancia última para la salvación de nuestra Patria.

Así, pues, unas veces para el acierto, otras para el error, la política fué hasta 1848 aproximadamente labor de minorías, de la que el pueblo unas veces desconfiaba y siempre estaba ausente.

A partir de 1914 las masas irrumpen en la vida política a través de eso que se ha llamado el mito. El mito es una idea expuesta en forma atractiva. Lo importante en ella no es su estructura lógica, ni tan siquiera si es cierta o es errónea. Lo importante en el mito es que sea algo capaz de despertar el entusiasmo, generalmente irrazonado, de las muchedumbres. La Revolución francesa, por una parte, con su idea tópico de la libertad; el comunismo, con la de la lucha de clases y la dictadura del proletariado; los totalitarismos, con las de la raza o la nación, encuadraron a los pueblos, no ya para que sufrieran y padecieran la acción política, sino para que fueran fuerza organizada en la conquista del poder, unas veces, en la extensión de la nacionalidad, otras. Quienes desencadenaron los mitos se dan ahora cuenta de que éstos son cuervos que se

vuelven contra aquellos que los criaron: el hombre de pensamiento, el filósofo político, se encuentran ahora arrastrados por la fuerza irresistible de las masas.

La fuerza de las circunstancias.

Ellas componen, todos lo sabemos bien, más de la mitad de lo que ahora los políticos llaman «las circunstancias». Esto es algo que un dirigente del siglo xvi, un Fernando el Católico, por ejemplo, jamás hubiera comprendido. La tarea que el verdadero político se impone, es la de moldear la vida con arreglo a unas instancias superiores: la doctrina política, la Moral, el Derecho Natural incluso. Si muchas veces la realidad es más fuerte que sus creencias, estos hombres resultaban vencidos, pero no claudicantes, y en el fondo de su alma quedaba siempre latente la llama de una pequeña esperanza: la de intentar otra vez la empresa de modificar el mundo.

Ahora, por el contrario, la suprema justificación de la acción pública viene dada por el imperativo del momento. No hay lógica en la acción, y carece ésta de la grandeza de quien se consideraba brazo armado de un orden superior. «Las circunstancias mandan» y la afirmación de que «una cosa es cierta teóricamente, pero falsa en la práctica» componen toda la moral de los hombres que gobiernan el mundo y que han inventado, para los que todavía creemos en la fuerza de las creencias, el despectivo calificativo de «dogmatizadores». La política se ha hecho así menos heroica y más relativista y ha adoptado la fórmula de un maquiavelismo blanco. Su suprema moral, que es una moral de cobardía, es la de la transigencia.

Este espectáculo de la humana transigencia es lo que más asombra al joven de hoy que por vez primera abre al mundo las ventanas de su alma. Porque buscar la convivencia pacífica entre todos los hombres es un sano principio de vida honesta, pero cuando esa convivencia quiere llevarse al terreno de las ideologías y se aspira a que todas ellas convivan en un estable maridaje, entonces se siembran los indecentes supuestos para la hipocresía y la ineficacia. La transigencia con todas las doctrinas, sean cuales fueren, es la gran culpable del confusionismo que el mundo actual padece.

Yo creo que si todavía hay alguna bandera capaz de movilizar a las muchedumbres desilusionadas, es la de la radicalidad y la de la ofensiva, es decir, la bandera de la revolución.

La crisis mundial.

Quiéranlo o no, el mundo está viviendo una época de crisis. Insitos en nuestra propia circunstancia, difícilmente sabemos valorar la gravedad de esta crisis que no lo es sólo de un aspecto cualquiera de la vida, sino de su totalidad. Estamos recogiendo los efectos últimos de doctrinas y principios que, si aportaron cosas nuevas, han llegado ya al grado de esterilidad de las mujeres viejas. Se empeñan las naciones en seguir resolviendo sus problemas con arreglo a fórmulas ya pasadas, y el resultado es este bizantinismo que a todos nos rodea como una sutil tela de araña, impidiéndonos ver los hilos simples de los problemas.

Cuentan de un escritor español que asistía a un círculo social en el que se hablaba del París de la segunda potsguerra. Al fin y al cabo, entre españoles el desprecio a lo francés no faltaba. «París—decía uno—es una ciudad que ha vivido tanto, que perdió ya hasta el sentido del placer». «París—añadía otro—no es tanto una ciudad inmoral, como una ciudad amoral: ha olvidado hasta el sentido del pecado». «Lo que sucede—aseguraba un tercero—es que París está en plena decadencia». Y entonces, rápido, atajó nuestro hombre: «Pero, señores, es que la decadencia ¡es tan agradable!». Y, en efecto, esto es lo malo de la decadencia: que es agradable, que alaga los sentidos más refinados pero más bajos de los hombres, que entregados a ellos no ignoran la amenaza que sobre ellos se cierne. El mundo ahora es Pompeya antes de la catástrofe que la hizo desaparecer.

Pues bien, la civilización occidental—no ya un aspecto parcial de la misma—está en disolución. De la misma manera que lo estuvieron Bizancio, nuestra monarquía borbónica y que lo está ahora la Gran Bretaña, a pesar de las radicales cataplasmas del laborismo.

Termina con el orden político el parlamentarismo y la ineficacia de los partidos políticos, junto con una demagógica y formalista concepción de la libertad; con el orden económico, las luchas entre los diversos elementos de producción y el desmedido afán del lucro; con el orden social, las luchas entre las clases, la incomprensión mutua de los problemas que a otros afectan y la casi absoluta falta de justicia social. El campo de la cultura no se escapa tampoco a estos perfiles pesimistas: el sentimentalismo, el primado de la pasión sobre el intelecto, el desprecio de las masas por el hombre de estudio, la construcción de las diversas ramas del saber de espaldas a un orden transcendente, la supremacía

de la Técnica sobre el Espíritu, están dejando reducida la cultura a un árido campo de conocimientos concretos.

Y lo único que podría atenuar este panorama, el espíritu religioso, se diluye cada vez más, perdiendo aquella jugosidad de las enseñanzas del Divino Maestro. Para el torpe entendimiento de muchos católicos, la religión es una visión caricaturizada del Evangelio. Cada vez más formalistas, se conforman con cumplir unos cuantos preceptos litúrgicos y con procurar no pecar. Pero el catolicismo es, por encima de todo, Amor y no Temor, es decir, Fe en Dios que está en todas partes, y caridad para con el prójimo. Y además, no un amor dulzón y conformista, no un amor resignado, sino un amor heroico a la manera de los ascetas y de nuestros místicos. El catolicismo no puede limitarse a ser un compartimiento estanco más en nuestra vida, al lado de la profesión, de la familia o de la política. La religión no es una actividad más del obrar humano, sino algo que, por su naturaleza, debe informar toda nuestra conducta y nuestro pensamiento, y tanto la acción individual como la misión colectiva y política. Pocas veces el mundo ha estado más necesitado de una solución católica que ahora, y pocas veces también los hombres que sirven a ese catolicismo han estado menos a la altura de su misión que en la época que vivimos.

En esta situación no debe extrañarnos el que la angustia que el europeo siente se oriente hacia soluciones revolucionarias. En el panorama actual del mundo hay muy pocas cosas que conservar y en cambio muchas por construir. Y estas últimas no pueden hacerse ni superficial, ni lenta, ni parcialmente. Una nueva tónica precisa la vida, si quiere nuestra civilización sobrevivir a la futura invasión de los bárbaros.

La primacía de la Economía.

Pero, por otra parte, no son sólo las ideas elevadas a mitos las que esclavizan a los hombres y los hacen apéndices del devenir histórico en lugar de intérpretes del mismo. Hay también otra rebelión no menos grave que afecta al orden de la materia. Me refiero a la primacía que en la sociedad van progresivamente cobrando la Economía y la Técnica.

Hemos criticado mucho el materialismo marxista como el causante de los males que padecemos, pero hemos creado otro materialismo, capitalista, conservador, derechista si queréis, pero al fin y al cabo materialismo también. Consiste en la supremacía que a las necesidades materiales, que al *primun vivere* concedemos sobre los anhelos espirituales.

Es cierto que la situación general de la producción y, sobre todo, de la distribución no permite hacer nada con los hombres si no es asegurándoles antes su derecho biológico a la existencia, la satisfacción de sus más vitales necesidades. Pero ha llegado un momento en que los partidos, los Estados y los hombres de gobierno creen que su misión está cumplida con asegurar, mediante sistemas de subsidios, de seguros, de protección a las clases económicamente débiles, la existencia a los hombres. Al limitarse a esto han empequeñecido la labor de mando, que es de todas las actividades humanas la más semejante a la divina cuando se entiende, como nosotros la entendemos, como una tarea de dignificación y de educación, ya que nos permite aspirar a que los hombres se hagan, en algún aspecto, a imagen y semejanza nuestra.

De la misma manera sucede con la Técnica. La Técnica es el conjunto de las Ciencias que estudian la aplicación de los instrumentos necesarios para conseguir determinados fines. La Técnica es, por lo tanto, necesaria, sí, importante también, pero al fin y al cabo accesoria y subordinada a una instancia superior. Los modernos regímenes políticos han trastocado los términos de este orden y creen que una buena dirección política es equivalente a una buena gestión administrativa. Pierden así los Estados su misión y su juego político para pasar a ser meras dictaduras del cemento, la máquina y el hormigón. Perdidos en el juego de infinitas posibilidades, sin ideal que rijan sus destinos, el espectáculo del Estado contemporáneo es ciertamente desolador.

A la hora en que un régimen deba rendir sus cuentas a la Historia —si es que ésta, aburrida de tanto prosaísmo, no ha renunciado a pedirselas—, arrojará un balance de edificios construidos, de kilómetros asfaltados, de pantanos elevados, de hectáreas puestas en cultivo; un balance que, a falta de otra cosa, tendrá la árida evidencia de un cuadro estadístico. De las ilusiones que consiguieron encender, de los hombres que lograron hacer felices, de aquellos que hicieron más justos, más veraces, más nobles; de los lazos de hermandad entre los hombres y las clases; de la comprensión entre unos y otros, las estadísticas, incapaces de comprender las razones de amor, no dirán nada. ¡Pobres Estados sin alma, servidores tan sólo del estómago y de las estadísticas de nivelación!

La última guerra mundial.

Forzosamente hemos de contar con esta trinidad de males para dirigir una mirada, atónita, sí, pero ávida de soluciones, a nuestro alre-

dedor: la tiranía del mito con el dominio de la masa, la situación de crisis en que se encuentra el orden tradicional, y el imperio de las razones económicas.

Justo es que ahora, asomados a la ventana, veamos qué es lo que produce el mucho ruido que viene de la calle.

Lo primero de que el observador se apercibe a la primera ojeada es que el universo vive en la liquidación de una guerra mundial, la más cruenta, la más injusta, pero también la más estúpida que la Historia ha conocido. Al Caudillo que nos mantuvo alejados de ella le debemos no sólo nuestra actual tranquilidad, sino la posibilidad de enjuiciar esa guerra objetivamente, con un criterio que tienen que silenciar los vencidos, a quienes el deseo de venganza enturbia la visión, o que falta a los vencedores, cuya soberbia les veda el reconocimiento de los propios errores.

He dicho antes que esta guerra fué una guerra estúpida. Al decir esto, no ignoro las razones que cada uno de los que fueron a combatir tuvieron como ideal. Mi mayor respeto va lo mismo para el soldado alemán que soñando con un Imperio murió, la víspera de la hecatombe, entre las ruinas de la Cancillería de Berlín, que para el inglés que encontró la misma suerte en los arenales de Egipto creyendo defender su hogar, que para el yanqui que en las Filipinas se creía portador de la bandera de la libertad, que incluso para el ruso que, con una roja estrella de cinco puntas sobre el pecho, cayó para siempre en un punto cualquiera de su inmenso país creyendo que representaba la liberación del pobre proletariado. Todo el que muere por un ideal honradamente sentido merece nuestro respeto, y su gesto no será nunca un gesto estúpido.

Al aplicar este calificativo me refiero, por el contrario, al planteamiento ideológico de la pugna bélica, en todo contrario a los intereses de Europa. La última guerra no ha sido, contra lo que se cree, una lucha entre dos concepciones distintas, sino una más de las guerras llamadas de prestigio. Se vió bien desde un principio que lo que se trataba de defender era, por una parte, la derogación de los últimos efectos del desgraciado Tratado de Versalles y, por otra, el mantenimiento del dictado inglés sobre el mundo. A la hora de buscar al gran culpable de esa catástrofe, la Historia lo encontrará en Inglaterra. La Gran Bretaña ha sido siempre poco generosa y, entre sus virtudes, no se cuenta precisamente la de la comprensión por las dificultades y las razones de otros pueblos. La única norma de su política ha sido siempre la del interés y

la del orgullo. En 1939 ella se negó a admitir en régimen de paridad en el concierto mundial a la Alemania reconstruída por el nacionalsocialismo. Por eso Inglaterra fué belicista y por eso terminó repudiando, como una de las vergüenzas de su Historia, lo que en realidad había sido un gesto grande, generoso, pero poco británico: el de la visita de Chamberlain a Munich.

La victoria de las armas ha obscurecido las razones del vencido. Dios nos libre de decir que Alemania estaba exenta de error, pero Dios nos libre asimismo de la loa incondicional e irrazonada de los vencedores. Que no siempre la razón se identifica con la victoria de las armas.

Bueno o malo, los totalitarismos que Alemania e Italia representaban eran un intento honrado de sustituir el decadente orden del mundo por una distinta concepción. El totalitarismo era, en esencia, una reacción contra la democracia liberal: la sustitución de la libertad por la autoridad, del régimen de partidos por el partido único, del individuo por la nación, la raza o la clase, de los derechos subjetivos por las obligaciones ciudadanas. Y el totalitarismo, si exagerado en tantas de sus afirmaciones, si tergiversado en tantas otras, encerraba los gérmenes de un mundo futuro, no sé si mejor o peor, pero sí, desde luego, capaz de airear los fétidos aires de la Europa de 1939.

La intervención de los Estados Unidos.

La intervención decisiva de los Estados Unidos en los asuntos europeos, con olvido y abandono de la doctrina de Monroe, es uno de los hechos más trascendentales de la política internacional del último siglo. Asegurado su poderío económico, político y militar, los Estados Unidos están dispuestos a no abandonar la dirección de los destinos del mundo, como en otra ocasión hizo el Presidente Wilson.

El gran instrumento a través del cual los Estados Unidos mantienen su hegemonía es la O. N. U., típica hechura americana. La O. N. U. es algo más que la heredera de la Sociedad de las Naciones. La O. N. U. es un intento, lleno de fallos y de errores, pero también con una buena fe inicial por parte de los occidentales, de llegar a una organización mundial que supere las diferencias entre las naciones. Si la O. N. U. no ha logrado aún sus efectos es por la postura obstruccionista de los soviets y por las debilidades que para los mismos los aliados han tenido.

En esta presencia de los Estados Unidos en el concierto internacional me parece obligado distinguir dos aspectos distintos: uno es su influencia cultural y doctrinal; otro, su influencia propiamente política e internacional.

Yo no estoy, desde luego, por la primera. Los Estados Unidos son un pueblo joven, un pueblo poderoso, un pueblo rico, pero un pueblo aún sin Historia. Y la Cultura es una forma de experiencia colectiva de un pueblo, es el resultado de una tradición que los yanquis no tienen. De aquí este simplismo que constituye el gran defecto de los norteamericanos; de aquí, sobre todo, esa confusión entre cultura y progreso material, que los hace muchas veces soberbios, muchas también excesivamente seguros del éxito de sus máquinas, de sus fábricas, de su poderío económico, en tal grado que llega a asustarnos a nosotros que sabemos los muchos talones de Aquiles que tiene lo que se asienta sobre tales supuestos. De aquí también su superficialidad cuando se enfrentan con los complicados problemas europeos.

Pero lo realmente valioso de los Estados Unidos es lo que su política internacional representa. Su presencia en el concierto universal ha supuesto dos cosas: la crisis del nacionalismo y el enfrentamiento con el bloque soviético.

La liquidación de los nacionalismos.

Rotos y por los suelos los últimos ensueños imperiales de Carlos V, el mundo se organiza con arreglo a la nueva unidad de la nación. Los descubrimientos geográficos de españoles y portugueses que asentaron la economía sobre los principios mercantilistas, el descubrimiento de la pólvora y la constitución de los ejércitos profesionales permanentes, el protestantismo y el racionalismo con su latente individualismo, fueron las causas principales que produjeron la crisis de la autoridad imperial y el nacimiento de las nuevas nacionalidades en los dos grandes períodos del siglo xvi y del siglo xix.

La organización internacional, no ya bajo la autoridad del Emperador o, al menos, bajo la moral del Papa, sino bajo el principio de igualdad de trato de todos los Estados, respondía a la máxima de la autarquía y de la soberanía.

Una y otra han quebrado también. La política interna de los países ya no resulta indiferente para la marcha general del mundo, y se ha

puesto en evidencia como cuestiones tan aparentemente internas como las de las minorías raciales, la situación de las clases económicamente débiles y el reconocimiento de la dignidad individual, repercuten sobre el orden internacional. El intrusismo en los asuntos de España, la intervención americana en la guerra de Corea, la ocupación de Formosa y la muy probable intervención aliada en Indochina son buena prueba de que no es sólo al otro lado del telón de acero donde ya no existe el principio de soberanía, característica inconcusa del Estado desde Bodino.

La nueva concepción de la guerra que depende no ya tanto de la fuerza estrictamente militar, sino mucho más de la capacidad productiva y del grado de industrialización de un país, ha terminado asimismo con la independencia económica.

Finalmente, la aparición en el horizonte mundial de los Estados Unidos ha deshecho la teoría del equilibrio internacional, dominante en Europa desde el Congreso de Viena. Este equilibrio ya no es posible porque no existen, a lo sumo, más que dos iguales. Es por esto que la organización internacional actual no tolera los tratados bilaterales, ni las guerras nacionales. A la doctrina del equilibrio entre naciones ha seguido la de la constitución de grandes bloques: el bloque atlántico, el bloque soviético, el mundo árabe, el mundo hispánico.

La aparición de Rusia.

Sólo un coloso puede discutir a los Estados Unidos su poderío: es Rusia.

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas es el gran escarmiento al simplismo americano y a la ceguera británica representada por Mr. Churchill. Roosevelt creyó, durante la guerra mundial, en la posibilidad de una benéfica influencia de los Estados Unidos sobre el régimen soviético y creyó también en las protestas de paz y de amistad que Stalin le hizo. Tuvo, en cambio, un gesto de ignorancia para las continuas denuncias del Jefe del Estado de un país pequeño, pero que había sufrido en su carne la desgarradura del oso marxista y que debía, por lo tanto, conocer bien cuál era la táctica seguida generalmente por éste. Francisco Franco, lleno de razones, señaló desde 1939 cuál era el verdadero peligro europeo. En once años todo ha cambiado y evolucionado, y sólo nosotros y nuestras razones, afianzadas por los acontecimientos, permanecemos.

Mucho más culpable es la postura de Mr. Churchill. Churchill era, doctrinalmente, un hombre alejado de los soviets; Churchill sabía lo que es y representaba el comunismo; Churchill conocía que no sería tan fácil engañar ni dirigir después a Stalin. Pero Churchill, más que amar a su Patria, odiaba a Alemania. El había dicho: «Para vencer a Alemania me uniré, si es preciso, con el demonio». El demonio era Rusia, y él lo sabía. Por esto, de la situación actual el gran culpable es el jefe conservador británico, aquel mismo que ignoró el lazo de amistad que, en un vuelo audaz y deportivo, ofreció Rudolf Hess en nombre de Alemania.

El pueblo británico tiene un gran sentido de la realidad y se apresuró, terminada la guerra en la que había servido con dignidad y valentía, pero de la que empezaba a conocer sus capítulos secretos, a retirar su confianza a Mr. Churchill y a otorgársela al laborismo, cuyas doctrinas sociales y económicas están más acordes con las exigencias actuales que el aristocrático espíritu conservador de Mr. Churchill.

Pero, además, conservador ¿de qué? ¿De los campos de concentración, del hambre y la desgracia de Europa, de la insularidad de las clases, de las mutuas incomprensiones de los pueblos? ¿O de aquel estado permanente de «sangre, sudor y lágrimas» que él mismo denunció?

Perdonen la dureza de este ataque. Pero mi espíritu se rebela contra todos los intentos—incluso por parte de un numeroso sector de la política española— de presentarnos la figura del político inglés como la única capaz de salvar a Europa, él que ha sido en realidad quien la perdió. Hasta tal punto es esto así, que muchas veces he pensado que tras esa bobalicona postura no existe otro propósito que el de marcar dentro de nuestras fronteras las excelencias de una política reaccionaria y conservadora que se oponga a la necesaria y urgente transformación española que Franco encarna y la Falange impulsa.

Pero dejémonos ya de reproches. El hecho es que Rusia está ahí, asentada en Berlín y en Viena, dominadora de los Balcanes, asomándose al Báltico y al Mediterráneo, al Artico y al Pacífico, y extendiendo su poderío hasta Asia para la movilización política de la raza amarilla.

Rusia es una doctrina y, al mismo tiempo, un imperialismo.

El marxismo.

Asusta un poco tanto la grandeza diabólica del marxismo como la estrechez de miras con que sus enemigos lo enjuician. El comunismo es el

producto ideológico que responde a la más grave de las necesidades contemporáneas: la de administrar justicia a las clases humildes e integrarlas también en un orden colectivo. Ha sido la ceguera liberal y el egoísmo capitalista los que asentaron el cultivo necesario para que el marxismo surgiera. Y éste es algo más que un materialismo: el comunismo es una mística, diabólica si queréis, infernal, destructiva, anticristiana, pero una mística. Desaparecido el fascismo, la única bandera capaz de entusiasmar a las masas. Esto es muy grave, esto es más grave que los campos de concentración, que las cámaras de tortura, que los anecdóticos y siempre sospechosos relatos de los Kravchenko, de los Valtin, de los Koestler. Es algo más amenazador, incluso, que la propia invasión de Europa por el Ejército rojo.

El nacimiento de una ideología sugestiva, capaz de impulsar a la acción conquistadora a las masas ingentes de hambrientos, deja estupefacto al pensador actual que cree que para detener a un tal ideal no bastan los cañones, las bombas, los aviones ni los tanques que a Europa sirve el Plan Marshall; no basta ni tan siquiera el valor personal de unos soldados. Contra una mística infernal no se puede oponer más que otra mística, una mística cristiana, claro está.

Al llegar a este punto, el espectador que está, apoyada en la mano la barbilla, siente, contemplando Europa, un ahogo de tristeza: no hay en este Continente, como no lo hay en América, una idea capaz de oponerse con eficacia al materialismo marxista.

El imperialismo soviético.

Pero Rusia es, no sólo una doctrina, sino también una fuerza de expansión. El marxismo comenzó siendo internacional y el «Uníos, hijos del Pueblo» fué su consigna fundamental. El marxismo creía que las razones que diferenciaban a los hombres en clases sociales eran más fuertes que las diferencias geográficas que las fronteras imponían. Quizá el marxismo tuviera razón, no sólo con referencia a los obreros, sino también con vistas a la internacionalización del capital.

Pero desde la escisión de Trostzky el panorama cambió. Trostzky, como todos saben, quería que, inmediatamente después de haber triunfado la revolución en Rusia, el proletariado soviético se lanzara a la lucha por la liberación de sus hermanos de clase en otros países. Lenin y Stalin, su sucesor, pretendían por el contrario la reconstrucción de

Rusia en gran potencia primero y, después, la revolución internacional del proletariado. Como hoy nadie ignora el peor adjetivo que a nadie se puede dar hoy en Rusia es el de «trostkista».

De esta forma la U. R. S. S. ha ido progresivamente abandonando el principio de la subversión universal del proletariado como fin de su política. La ha sustituido por un creciente nacionalismo expansivo, por un imperialismo que es directamente heredero, no de Marx ni de Lenin, sino de Pedro el Grande y de Catalina de Rusia.

El internacionalismo queda así reducido a un simple instrumento de la expansión territorial rusa y es el pretexto en virtud del cual Rusia es hoy el único país que puede reclutar partidarios entre sus propios enemigos, a través de los partidos comunistas.

Cómo detener al comunismo.

En esta situación debemos preguntarnos: ¿qué posibilidad hay de detener al comunismo?

Yo no creo ahora en una tercera guerra mundial. Los Estados Unidos no tomarán nunca la iniciativa en su declaración y Rusia está estratégicamente demasiado bien colocada para echar todas sus cartas en una misma baza. Rusia es un contrincante robusto rodeado de almohadones, que son sus propios satélites: el mundo occidental no puede hoy en día llegar a ninguna frontera soviética sin pasar antes por uno de estos países, algunos tan importantes como Polonia, como Rumania, como China. O mucho me engaño o ya se verá cómo la táctica que Stalin va a seguir es la de lanzar, en una serie de guerras de desgaste material y moral, a alguno de estos satélites, contra los Estados Unidos, de la misma forma que ha hecho en Corea.

Pero tampoco creo que el comunismo sea una cosa tan simple que baste con vencerlo por las armas. La única posibilidad que tenemos de derrotar al comunismo es levantar una doctrina tan sugestiva como la marxista, capaz de encender en los pueblos de Occidente una moral de victoria.

Como consecuencia de esa moral, debemos después formar una imprescindible unidad política de actuación, dejándonos de rencillas domésticas y de falsos prejuicios nacionalistas: una unidad política de acción que englobe, sin excepción ninguna, a todos los países de Occidente.

El espectáculo de Europa no es, desde luego, aleccionador. Pero creo que esa unidad es posible, al menos en un sentido defensivo de eso que comúnmente llamamos civilización cristiana. A mi juicio, esta unidad tiene que realizarse sobre los siguientes puntos:

Primero.—Urgente liquidación de los lamentables efectos de la última guerra mundial. Necesidad de la firma de un Tratado generoso de paz con Alemania y Austria y admisión de estas dos grandes naciones europeas en régimen de paridad dentro del concierto internacional de Estados.

Segundo.—Superación de las diferencias nacionales entre los diversos países europeos, con el criterio de respetar lo que es propio y original de cada uno de ellos.

Tercero.—Respeto por los regímenes políticos de cada país, en tanto en cuanto éstos no impidan la tarea común de defensa contra el comunismo. Admisión, en consecuencia, en un régimen de igualdad, de países que como España, Portugal y Turquía no sólo ocupan un lugar destacado estratégicamente, sino que son los primeros en su sinceridad anticomunista.

Cuarto.—Organización de la defensa bajo el área de la influencia económica y militar de los Estados Unidos, lo que no supone en manera alguna la aceptación de todos sus moldes culturales y políticos. En la postura actual que los Estados Unidos mantienen hay que reconocer que se inicia una política de revisión de sus pasados errores.

Quinto.—Inclusión en el plan de defensa, a través de la acción española, del mundo hispanoamericano y del mundo árabe, junto con España, el fiel espiritual en la balanza de los dos materialismos.

Sexto y último.—Necesidad de crear una doctrina positiva que oponer al comunismo, que sea algo más que la simple postura defensiva que dicta el miedo. Esta doctrina resultará, si alguna vez el mundo la implanta, en mucho similar a los principios básicos de nuestra Falange y tendrá que partir de la afirmación de la primacía moral del hombre, de la reconstrucción de las unidades naturales de vida, de la afirmación espiritualista de la vida, del reconocimiento de que las tareas de mando deben estar asignadas a unas minorías de servicio, y tendrá, finalmente, que arrebatarse al marxismo los puntos de su programa que justifican su existencia, para integrar a todo el pueblo en una mística revolucionaria distinta del materialismo moscovita.

En 1769, el italiano Alfieri viene a España. Quiere con este viaje poner fin a su profunda melancolía. Alfieri entra en España por Barcelona y, de paso para Madrid, atraviesa estas tierras de Zaragoza y de Huesca, secas, duras, aparentemente desiertas. A Alfieri le gusta atravesar Aragón andando y solo, enviando por delante a sus criados.

El mismo nos dice que fué en estas tierras donde descubrió por vez primera la inspiración poética. En ese mismo instante Alfieri había descubierto el alma y el secreto de España que es, como todos sabemos, el de su permanente esperanza. Esa esperanza que, alimentada con nuestra fe y sostenida con nuestro trabajo, nos permite repetir con la misma seguridad las palabras de un poeta español:

«El hoy es malo, pero el mañana... es mío».

